

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LAS VACACIONES DE NUESTROS JOVENES

Las vacaciones de nuestros niños y de nuestros jóvenes estudiantes constituyen un problema complejo que no pretendemos abordar aquí en su totalidad. Anotaremos, simplemente, algunas ideas que susciten la reflexión personal de quienes están interesados en la resolución del problema, insistiendo un poco, de acuerdo con las preocupaciones predominantes de esta revista, en el aspecto religioso.

Vacaciones y curso, curso y vacaciones, van alternando en la vida del estudiante con una finalidad aparentemente diversa, pero idéntica en el fondo.

A primera vista, en efecto, el curso parece ser el tiempo del trabajo fecundo, de la acción positiva. Las vacaciones serían, para la generalidad de los estudiantes, un tiempo muerto y, hasta cierto punto, un tiempo de acción negativa, puesto que en él se perdería buena parte de los frutos trabajosamente amasados durante el año. La verdad no es ésa, sin embargo. Las vacaciones tienen también, normalmente, una función de efectos positivos. La medida de esos efectos variará en razón de múltiples circunstancias, que pueden y deben ser discutidas por los educadores que buscan el perfeccionamiento de todos los factores que entran en el juego de la acción educativa, con el fin de establecer sistemas de mayor eficacia pedagógica. Pero no se puede negar ni aun desconocer el valor positivo de las vacaciones.

Al hablar así, es posible que lo primero que se nos ocurra sea pensar en el descanso que proporcionan. Ciertamente, es éste uno de los efectos inmediatos que es necesario conseguir. En el mundo del trabajo de hoy se está consiguiendo una reducción cada vez mayor de la jornada laboral y un aumento correspondiente de lo que los sociólogos llaman «tiempo liberado», que en buena parte puede ser destinado a descansar. Pero el tiempo y la jornada de trabajo del

estudiante no se reducen. Antes al contrario, tienden a aumentar en duración y en intensidad. Es necesario, por consiguiente, procurarle descanso.

El descanso no ha de concebirse, sin embargo, como un simple no hacer nada. El no hacer puede cansar más que el mismo trabajo. En las vacaciones ha de haber actividad, pero ha de ser una actividad que establezca un ritmo en la vida de los muchachos que no sea el ritmo de la vida escolar. Las materias de enseñanza, el horario de trabajo, la disciplina colegial, han mantenido al estudiante en una tensión que se ha ido haciendo cada vez más dolorosa. Al llegar las vacaciones, esa vida de trabajo y de obligaciones se altera y la tensión se relaja, produciéndose un efecto real de descanso. El nuevo ritmo de vida terminará también por cansar; pero cuando el cansancio aparezca otra vez, las vacaciones habrán producido ya su efecto y el estudiante estará en condiciones de pasar de nuevo al ritmo del curso.

Esta alternancia de ritmos es una de las notas más características en la vida del educando que franquea una tras otra las etapas evolutivas que le conducen a la madurez de la persona. Y lo que es característico de la naturaleza debe respetarse en educación.

Pero no vayamos a pensar que el descanso sea el único efecto positivo de las vacaciones. Encontramos un efecto altamente valioso en esa atmósfera de libertad, de bienestar y de satisfacción que se establece con el régimen de vida estival. Una atmósfera así facilita grandemente el normal desarrollo de la personalidad. Y esto es muy importante.

Por otra parte, si la actividad está bien orientada, es posible cultivar una serie de facetas educativas extraordinariamente enriquecedoras de la personalidad, que no pueden ser atendidas durante el curso. En el curso no suele quedar tiempo más que para libros y programas. Y sólo con libros y con programas no se forma una personalidad rica. Acaso esta posibilidad de actividades múltiples que ofrecen las vacaciones sea uno de sus aspectos educativos más interesantes.

Hay que reconocer que en muchas de las actuales circunstancias concretas, la actividad de las vacaciones no resulta tan enriquecedoramente educativa como debiera.

Pueden darse incluso muchos casos en los que los efectos negativos superen realmente a los positivos. Pero no hemos de generalizar con demasiada facilidad estos casos. Hay una tendencia a hacer-

lo, y por eso se obtienen a veces esas visiones peyorativas de una realidad deformada.

Lo que sí tenemos que hacer es entrar de lleno en el terreno de los que se preocupan del estudio de los problemas que afectan a las vacaciones, y trabajar por llevar a la práctica tantas realizaciones como se ofrecen hoy día con capacidad de dar una solución pedagógica aceptable a muchas situaciones. Campamentos, colonias, grupos apostólicos, viajes, actividades orientadas, entran de lleno en esas realizaciones.

Esto que decimos de las vacaciones en general es válidamente aplicable a cualquiera de los aspectos concretos de la vida de los educandos y, por consiguiente, al aspecto religioso. Pero como éste nos interesa aquí de una manera especial, vamos a pensar un poco más detenidamente en él.

Es indudable que, refiriéndose a la vida religiosa y moral —una y otra suelen ir asociadas—, se acentúan de ordinario las tintas cuando se habla de las vacaciones como de una ruptura, de un bache, de un momento de signo negativo.

Es difícil encontrar un texto de un autor con preocupaciones pedagógico-moralistas que no empiece con expresiones que vienen a decir, más o menos, que las vacaciones son la sima en la que se hunde la moralidad de los jóvenes, el período fatal en el que se abandonan las prácticas religiosas y se viene a tierra cuanto el colegio ha conseguido con el afán de todo un curso.

A esto hay que decir que sí. Que las vacaciones, con el régimen de vida ociosa que tienen para muchos, y con las frecuentes situaciones difíciles que ofrece un ambiente ansioso de placer en el trato de amistades peligrosas, en diversiones cargadas de malicia, en lugares de recreo donde domina la exhibición sexual, no sólo son simple ocasión de pecado, sino que destrozan, a menudo, el vigor espiritual de muchas almas jóvenes.

Pero una cosa es tener los ojos abiertos para darse cuenta de que existen casos así, y otra generalizar indebidamente y afirmar que eso sea lo común. Porque hay un número no escaso de muchachos —hablamos basándonos en datos reales— que llevan una vida ordenada, dominan las dificultades de orden moral, conservan el vigor del espíritu y son fieles a sus prácticas religiosas y apostólicas. Y esto por convicción, por empeño y voluntad personal, sintiéndose libres de toda influencia, que, aunque sea considerada como beneficiosa, a la larga no deja de resultar molesta para el joven cuya personalidad tiene an-

sias de independencia y agradece el que de cuando en cuando se le dé posibilidad de actuar por cuenta propia.

También hay un buen grupo, quizá el más numeroso, porque pertenecen a él los de la medianía, que siempre son los más, que deja descender notablemente el nivel de vida religiosa que venía llevando en el curso, hasta reducirlo acaso a lo estrictamente obligatorio. No nos alarmemos demasiado por ello, puesto que en gran parte será efecto de esa necesidad de cambio de ritmo que siente el muchacho. Rara vez obedecerá a propósito deliberado y consciente de sacudir un yugo insoportable y desquitarse de lo pasado. Esa libertad de hacer —que aquí se actúa en el no hacer— es ciertamente formativa, y, por consiguiente, hay que respetarla y aun favorecerla.

De esa distensión en la vida espiritual, de ese cierto abandono de las prácticas religiosas que es un hecho netamente psicológico, se han sacado, a veces, consecuencias que nos parecen incorrectas.

Así, por ejemplo, al advertir que en los campamentos los alumnos de colegios de religiosos eran menos asiduos a las prácticas religiosas y buscaban menos el contacto con el sacerdote que los que procedían de otros colegios, algunos han concluido que la formación religiosa dada en los colegios de religiosos es menos eficaz que la dada en otros centros. Pues bien, pensamos, y con fundado motivo, que, en general, eso no es exacto, y sí lo contrario; y que la explicación de tal fenómeno está en esa necesidad de cambio de ritmo que sienten los jóvenes estudiantes.

Por cambiar de ritmo, se distancian unos del sacerdote y reducen la frecuencia de sus prácticas religiosas. Y por eso mismos buscan otros contactos y prácticas que no les han sido tan familiares durante el curso.

De todo lo dicho hasta aquí, no hemos de deducir —nadie lo deducirá— que el educador ha de desentenderse de las vacaciones y abandonar a los educandos a sí mismos. No ha de ser así.

Admitiendo el valor positivo que las vacaciones tienen y respetando el régimen vacacional, deberá, en primer lugar, discutir el valor del régimen actualmente vigente y estudiar toda su problemática para tratar de hacerlo cada vez más eficaz. En segundo lugar, deberá intervenir oportunamente para reducir todos los inconvenientes y peligros que las vacaciones ofrecen, que son una realidad, y hacer entrar en juego todos aquellos elementos educativos que pueden contribuir a la formación de la personalidad de los muchachos.

Los más llamados a actuar en el período de vacaciones son los

padres. Siempre serán ellos los primeros educadores de sus hijos, pero especialmente han de serlo en los momentos en que se reduce la acción de sus colaboradores. Por muchas que sean sus ocupaciones, por grande que sea la necesidad y las ganas que tengan ellos mismos de pasarse unas vacaciones placenteras, deben saber sacrificarlo todo, si es necesario sacrificarlo, por atender a sus hijos, estar lo más cerca posible de ellos, asegurarse de la bondad de las personas a quienes les confían, de las compañías que tienen y de los lugares que frecuentan; proporcionarles, en la medida que sea factible, actividades educativas y oportunidades de formación.

Colaboradores eficaces de los padres serán las diversas instituciones, especialmente las eclesiásticas y estatales, que están precisamente ordenadas a ejercer una acción educadora en el período estival. Campamentos, colonias de verano, asociaciones juveniles de carácter religioso, cultural o deportivo, comisiones de intercambios interregionales o internacionales deben prestar un valioso concurso en la tarea educativa de las vacaciones.

¿Y el colegio? También el colegio, pero actuando de manera distinta a su manera habitual de actuar en el período escolar. El colegio debe preparar en el curso la vida de las vacaciones. Y esto es lo más y lo mejor que puede hacer. Pero esta preparación no ha de consistir en unos cuantos consejos piadosos. No han de faltar los consejos, pero se ha de hacer algo de mayor alcance. Se han de suscitar necesidades. Necesidad de una vida pura y religiosa, de conocer tales y cuales cuestiones, de ponerse en contacto con los hombres y con las cosas, de participar en una obra social y apostólica. Necesidad de subir a los montes y pisar las crestas de las montañas; y de inundarse de luz del sol naciente, y beber el aire que huele a encina, a paja tostada o a sal marina. Necesidad de manipular mecanismos, de escribir, de pintar.

Y luego, organizar, en ciertos aspectos que dependan de él, actividades que estén de acuerdo con esas necesidades. Si el colegio ordena un plan de acción o unas actividades —una tarea de vacaciones, por ejemplo— sin haber suscitado la necesidad de hacer eso que ordena, hará una cosa muy poco eficaz y educativa. Nos hemos propuesto escribir un artículo breve, y ya se está alargando. Por eso, no entramos más a fondo en este problema, tan rico y lleno de interés.

Es evidente que durante las vacaciones también deberá el colegio actuar interviniendo en la realización de esas actividades que de

él dependen. La medida y la forma de su intervención dependerán de múltiples circunstancias concretas.

En todo caso, siempre habrán de quedar establecidas relaciones con los educandos. No demasiadas, ni tales que no les permitan disfrutar de la sensación de verse liberados del régimen escolar. Pero deben existir relaciones.

En algunos centros se establecen reuniones periódicas con actividades determinadas, o se organizan concentraciones con carácter más o menos religioso. Y sabemos que esos contactos de profesores y alumnos y de compañeros entre sí son muy beneficiosos. No pueden menos de serlo.

Algunos colegios publican regularmente una revista que en forma amena, delicada y eficaz, no fastidiosa y cargante, lleva a unos y a otros la noticia y el recuerdo interesante, difunde consignas y mantiene fresco y vivo el espíritu. Otros, por el contrario, dejan de publicar la revista colegial durante el verano. Es una lástima que no se publique cuando más necesaria es.

Otra forma de relación entre educadores y educandos es la epistolar. Tratándose de alumnos mayores, puede ser una de las más eficaces, supuesto, claro está, que el profesor tenga talla de auténtico educador. Tiene un inconveniente: que exige tiempo. Pero el tiempo del educador debe ser para el educando. Por supuesto que también debe emplearlo en enriquecer sus conocimientos y perfeccionarse a sí mismo. El profesor que no se cultiva dejará pronto de estar en condiciones de realizar con eficacia su función educativa. Ese tiempo también es, en definitiva, para los educandos. Pero si aceptamos el principio de no desentenderse de los alumnos durante las vacaciones, debe ser posible contar con un tiempo para relacionarse con ellos, incluso de este modo, puesto que es tan valioso.

Gabriel Mencía, F.S.C.